

Excmo. Sr. Rector Magnífico
Excmo. y Revmo. Señor
Señoras y señores:

La Universidad de Navarra es una Universidad de la Iglesia. Por eso, me es muy grato, como Arzobispo de esta Iglesia de Pamplona, saludar y dar la bienvenida a los numerosos asistentes a este III Simposio Internacional de Teología de la Universidad de Navarra, provenientes de distintas regiones geográficas de España y de otros países. Os deseo a todos una estancia muy grata. Y hago votos, además, para que vuestros trabajos sean provechosos.

Habéis elegido como tema central de vuestro estudio la adorable Persona de Cristo, Hijo de Dios y Redentor del hombre, a Quien proclamamos estos días pascales Muerto y Resucitado para nuestra salvación.

Es un tema inagotable. La Cristología descubre en él, día tras día, nuevos filones y horizontes nuevos, ayudada por los avances de la antropología y de la teología, porque la unión de la naturaleza divina y la humana en una única persona del Verbo encarnado ofrece aspectos infinitamente riquísimos, de una parte; y, de otra, la problemática variadísima de las situaciones históricas en que los hombres vivimos nuestra existencia, plantea cuestiones nuevas a las que Cristo, nuestro Redentor, da siempre —tiene que dar siempre— respuestas nuevas. Y toda esa renovada riqueza de la Cristología se logra avanzando por la vía de una fidelidad exquisita a la Tradición de la Santa Madre Iglesia, dos de cuyos hitos más señeros son, en esta materia, los Concilios I y III de Constantinopla, cuyo centenario quiere conmemorar y celebrar vuestro Simposio.

Es un tema, además, trascendental. Como ha dicho el Papa Juan Pablo II, «se impone una respuesta fundamental y esencial —en esta

cuestión— es decir: la única orientación fundamental del espíritu, la única dirección del entendimiento, de la voluntad y del corazón es para nosotros ésta: ¡Hacia Cristo, Redentor del mundo! Quere-
mos mirarle a El, porque sólo en El, Hijo único de Dios, hay salva-
ción, renovando la afirmación de Pedro: *Señor ¿a quién iremos?*
Tú tienes palabras de vida eterna (Jn 6,68)¹.

Es un tema de máxima actualidad, en fin, porque de él dependen tanto la explicación más profunda del misterio del hombre, que hoy ocupa un primerísimo plano en las preocupaciones sociológicas, filo-
sóficas y en las del magisterio eclesial, cuanto la concepción del mis-
terio de la Santa Madre Iglesia, ya que siempre será verdad que
Cristología y Eclesiología son dos aspectos de la Teología Dogmática
y de la Pastoral íntimamente trabados entre sí, condicionada la una
por la otra. La «Lumen Gentium» y la «Gaudium et Spes» son dos
documentos del Vaticano II en que esta actualidad del estudio de
la persona adorable de Cristo, el Señor, aparece evidente casi desde
su primera página a la última, en una constante mirada de los Padres
Conciliares a Jesús, Dios y Hombre, para ir dibujando siempre más
nítidamente las líneas maestras del misterio de la Iglesia y del
hombre.

Por todo esto, bueno ha de ser, sin duda, el que vuestros tra-
bajos sean profundos y provechosos. Y no sólo para vosotros, los
que vais a dedicar unos días al estudio compartiendo vuestros pare-
ceres teológicos en este III Simposio Internacional de Teología, sino
para cuantos podamos llegar a conocer su fruto, tanto en su plano
dogmático-cristológico como en su proyección eclesiológica y pastoral.

Mis primeros años sacerdotales, antes de ser ordenado obispo,
fui profesor de Sagrada Teología durante 18 años. Y aun centré al-
gunos de mis estudios en temas que, por aquel entonces, tenían es-
pecial actualidad, como la dimensión humana de la psicología de Jesús,
el profundo sentido teológico del misterio de solidaridad entre el Re-
dentor y los redimidos, sin el cual es imposible entender nuestra re-
dención por Cristo, etc. Pero poco puedo aportar a estas alturas a
vuestra reflexión teológica. Permitidme subrayar solamente un aspec-
to de la Cristología que me es especialmente entrañable y sobre el
cual Juan Pablo II ha llamado la atención en su última Enclílica:
la presencia de María en la obra salvífica de Jesús. La humanidad
de Cristo fue formada por el Espíritu Santo del cuerpo y sangre de
María la Virgen. Y María es, de otro lado, la primera persona hu-

1. *Redemptor hominis*, n. 7.

mana plena y singularmente redimida por su Hijo Jesús. María, en fin, por ser Madre de todos los hombres al serlo de Quien es nuevo Adán, Cabeza de la nueva humanidad, es también la más eficaz colaboradora del Salvador en su misión redentora. El amor de Dios «en Ella y por Ella no cesa de revelarse en la historia de la Iglesia y de la humanidad. Tal revelación es especialmente fructuosa, porque se funda, por parte de la Madre de Dios, sobre el tacto singular de su corazón materno, sobre su sensibilidad particular, sobre su especial aptitud para llevar a todos aquellos que aceptan más fácilmente el amor misericordioso de parte de una madre»².

En la esperanzada alegría, que vivimos estos días pascuales, pido a la Señora, para terminar, que vuestra estancia en esta acogedora Pamplona os sea agradable y que vuestros estudios sean fecundos para vuestro bien y el de la Santa Madre Iglesia toda entera.

2. *Dives in misericordia*, n. 9.